

un gran tesoro de conocimientos que le hacian apto para ocupar los primeros puestos de la sociedad.

Obtuvo despues un beneficio en la catedral, y éste fue el primer grado de su elevacion: diestro, afable y obsequioso, grangeóse el afecto de algunos canónigos, con cuyo favor y crédito alcanzó las órdenes menores y un beneficio suficiente para servirle de patrimonio á fin de ascender á los mayores y ser promovido al sacerdocio. Establecido ya de esta manera, se unió á monseñor Barni, que era á la sazón prolegado de la Romaña. Este prelado le confió desde luego todos los intereses de su casa; elegido despues obispo de Plasencia, dió un canonicato á su mayordomo, y le eligió por maestro de su sobrino. Conociendo entonces el canónigo Alberoni, y sintiendo vivamente la gran falta de no haber podido dedicarse á los estudios mayores y adornar su vasto ingenio con la cultura de todas las ciencias, emprendió el estudio de la filosofia y de las leyes, haciéndose en cierto modo compañero de su propio alumno. Algun tiempo despues, viajando por Italia el poeta Campistron, y habiendo sido asaltado y maltratado por los ladrones, se refugió á una casa de campo de Alberoni, quien le acogió con mucha urbanidad, y le dió los vestidos y la cantidad suficiente para llegar á Roma. Este pequeño y despreciable acaecimiento fue en gran parte el origen de la inmensa fortuna de Alberoni.

7. En efecto, nombrado Campistron secretario del duque de Vandoma, general del ejército francés de Italia, acordóse de su bienhechor, habló de él al Príncipe como de un hombre que reunia una suma inteligencia

con una incomparable destreza en los negocios. Aprovechóse Vandoma de estas noticias para averiguar por medio del canónigo la cantidad de los granos que habian ocultado los habitantes del país, y este importante servicio le atrajo de tal modo la estimacion del general francés, que, enamorado de su viveza y espedicion, le dió toda su confianza. La cualidad de agente del duque de Parma cerca del general, que obtuvo Alberoni poco despues, le puso en estado de experimentar sus favores; y efectivamente procuró con tanto acierto los intereses de su amo, que temiendo siempre los imperiales que el duque abriese la puerta de su capital al ejército francés, no se atrevieron á inquietarle. Despues de sus espediciones á Italia, fue llamado á Francia en 1706 el duque de Vandoma, y llevó consigo á Alberoni, conocido ya anteriormente en París. Pasados cuatro años escribió el Rey de España á Luis XIV, pidiéndole que le enviase su general Vandoma para oponerle á Guido de Staremberg que sostenia en España el partido de los austriacos. Partió inmediatamente el Príncipe francés, que estaba retirado en Auet, á la Península, y su presencia reanimó los esfuerzos de los fieles españoles; pues apenas entró en este reino, cuando recogiendo en Valladolid los restos de la desgraciada batalla de Zaragoza, y persiguiendo á los imperiales vencedores, condujo otra vez al Rey á Madrid, obligó al enemigo á retirarse hácia Portugal, pasó el Tajo, hizo prisionero á Stanhope con cinco mil ingleses, desbarató las tropas de Staremberg, y con la victoria de Villaviciosa aseguró para siempre la corona de España sobre la cabeza del gran Felipe V.

Entretanto, como necesitase el duque de Parma un agente de toda confianza para tratar sus negocios en la corte de Madrid, eligió al canónigo Alberoni encargándole de una vez diferentes comisiones. Llenó de todo punto los deseos de su amo, y hallándose en estado de sostenerse por sí mismo despues de la muerte del duque de Vandoma, fue nombrado en 1712 embajador ordinario del duque de Parma cerca del Rey Católico, y principió entonces mas que nunca á dar á conocer su extraordinario talento y habilidad para los negocios políticos. Habiendo perdido dos años despues Felipe V á su muy cara esposa Gabriela de Saboya, que le dejó padre de dos hijos, Luis y Fernando, pensó Alberoni aprovecharse de este acontecimiento: veía que Felipe, adornado de todos los sentimientos de un verdadero cristiano, no quería permanecer viudo á la edad de treinta y tres años; y que un enlace entre el Rey de España y la casa de Farnesio, suministraria un medio al duque su amo para sostener los derechos de que habian intentado despojarle en las paces de Utrecht. Comunicó su pensamiento al duque, que no dejó de abrazarlo con interés: participólo tambien al Sumo Pontífice y al Rey de Francia, los que le encargaron que procurase realizarlo contratando el matrimonio de Felipe V con la Princesa Isabel de Parma, pedida ya por el Príncipe de Piamonte y por el duque de Modena. La condicion de este enlace era, que el primogénito de la nueva Reina, hija y heredera del último varon de su dinastía, fuese declarado duque soberano de los estados de Parma y de Plasencia. La intriga segundó las ideas de Alberoni: hizo creer á la Princesa

de los Ursinos, nacida en Francia de la casa de la Tremouille, primera dama de honor de la corte de España y de gran influjo en los negocios del gabinete, que la futura esposa del Monarca español no estaba dotada de grandes talentos, que era la misma docilidad, y que ni querria ni sabria mezclarse en los asuntos del reino. Habiéndola así persuadido, vuela á Italia, concluye el tratado del matrimonio desbaratando cautamente todos los manejos de la dama de Ursinos que intentaba hacer que se anulasen los poderes. Mandó arrestar el correo que llevaba la orden de Madrid, y celebró apresuradamente la funcion de los desposorios en Parma. Instruida de todo la Reina Isabel por su tia materna Mariana de Neoburgo, viuda de Carlos II, y por el mismo Alberoni, apenas llegó á las fronteras de Castilla hizo desterrar de la corte á la dama francesa, y tomó un grande ascendiente en el corazon del Rey. No quedó ya desde entonces obstáculo alguno que impidiese á Alberoni avanzar en la carrera de los honores, de la gloria y de la fortuna: sostenido por la nueva Reina logró prontamente toda la confianza del Monarca; desempeñó la mayor parte de los asuntos del gabinete, y fue nombrado duque, grande de España y primer ministro.

8. Colmado así de honores y hecho el árbitro de los destinos de tantos pueblos en las cuatro partes del mundo, le faltaba todavía la púrpura cardenalicia para contentar su justa ambicion; y la obtuvo en 1717 de Clemente XI, á quien hizo esperar que una numerosa armada española socorreria á los venecianos empeñados á la sazón en la guerra con el turco. Pero esta armada que

debía presentarse en los mares de Italia para pasar á levante, dirigió repentinamente su rumbo hácia la Cerdeña, sitió y tomó á Cagliari, y enarboló en aquella capital el estandarte de Castilla. Desencadenáronse en vista de ésto todas las lenguas, no tanto contra el Rey Católico como contra su ministro, tenido universalmente por autor de aquella impensada expedicion: mas nada bastó á arredrar los planes de Alberoni. Trataba de restituir la España á su antiguo esplendor, y habiendo restablecido la autoridad del Rey, corregido los abusos, creado una marina, organizado el ejército bajo el pie del de Francia y elevado á la nacion al mas alto grado de poder, concibió el proyecto de recobrar cuanto España habia perdido en Italia. Este fue el único objeto que tenian sus grandes armamentos y las hostilidades principiadas por Cerdeña y continuadas en Sicilia, donde trató de destruir el poder del Austria mediante negociaciones secretas con los Príncipes de Italia. Coligáronse entonces Inglaterra, Holanda y Francia, que se separó de la alianza con España; y á pesar de esta triple union que debia sin dudar imponer á Alberoni, lejos de mudar de sistema, disimuló sus proyectos, y luego que halló ocasion oportuna se apoderó absolutamente de Cerdeña, invadió de nuevo la Sicilia, é hizo que triunfase segunda vez la marina española.

Deseoso, despues de esto, de restablecer sobre el trono de la Gran Bretaña la casa de los Stuardos, comunicó su proyecto al duque de Ormond que se hallaba en España desterrado de Inglaterra; y persuadió al caballero de San Jorge, ó sea al *Pretendiente*, que viniese

á Madrid, lo que éste efectuó saliendo secretamente de Roma. Preparó el cardenal ministro una grande armada para realizar sus planes, y dispuso hacer un desembarque é invadir con un numeroso ejército la Escocia; y hubiera sin duda logrado su intento, si una cruel tempestad no hubiese destruido la expedicion. Sin embargo, esta desgracia no abatió en manera alguna al intrépido Alberoni, sino que antes bien le escitó á reunir nuevos ejércitos de mar y tierra para hacer la guerra á las tres mayores potencias de Europa, y logró con su gran política y singular manejo oponer á aquella coalicion otra compuesta de la Prusia, la Suecia y la Puerta Otomana. Intentó luego, siempre con la idea de humillar á los enemigos de su Soberano, que el Príncipe Ragotski encendiese con el auxilio de los turcos el fuego de la guerra civil en Hungría; y suscitó al mismo tiempo las pretensiones de Felipe V á la regencia de Francia durante la minoría de Luis XV, exigiendo para el efecto que se arrestase en Francia al duque de Orleans y se reuniesen los estados generales de la nacion. Pero descubiertos por una cortesana los proyectos del cardenal, el duque regente de Francia se unió mas estrechamente con la Gran-Bretaña, y declaró la guerra á España en 1719, publicando en todas partes que Alberoni era enemigo jurado de la quietud de Europa y el opresor injusto de la monarquía española.

En verdad, la primera de estas imputaciones podia en algun modo llamarse legítima; pero la segunda era de todo punto irracional é injusta. Pocos ministros habido en ninguna de las naciones de Europa tan empeñados como Alberoni en procurar la prosperidad y gloria

de su reino: queria en toda ocasion hacer á su señor mas poderoso y mas grande en todo el mundo; ésta era la única pasión que lo dominaba. Es, pues, necesario distinguir en el ministro cardenal los deseos de su corazón de los medios de que algunas veces se valia para lograrlos: es preciso separar sus talentos de cualquier abuso que pudo hacer de ellos: debemos en fin no confundir en manera alguna las eminentes cualidades del ministro con los defectos del hombre. Apenas se encontrará un historiador digno de este nombre, que no recuerde con admiración y respeto la incansable actividad, la firmeza á toda prueba y el corazón verdaderamente benéfico de este gran cardenal. Con sus sábios reglamentos puso todo el reino en estado floreciente; ordenó é hizo prosperar todos los ramos de la administración pública; sentó la hacienda sobre bases sólidas; aumentó considerablemente las fuerzas de mar y tierra; regularizó la correspondencia con las Indias occidentales; estableció una escuela de nobles para instruirlos en la navegación, y abolió muchos abusos que habian debilitado en los reinados precedentes esta poderosa monarquía, restituyéndola á aquel grado de esplendor y fuerza que gozó en tiempo de Felipe II. Todos estos grandes beneficios habia hecho Alberoni á España, y meditaba hacerla aun otros muchos y mayores: queria aumentar la población del reino, introducir las manufacturas, fomentar la agricultura, y sobre todo que los tesoros de Méjico y del Perú y las preciosas producciones de Valencia, Castilla y Andalucía, en vez de enriquecer á los extranjeros, enriqueciesen á los nacionales.

9. Inutilizados quedaron todos estos vastos proyectos de grandeza para los españoles; pues era llegado ya el momento en que Alberoni, despues de haber subido al mas alto grado á que puede aspirar un súbdito, iba á experimentar la inestabilidad é inconstancia de la fortuna y todos los males de la desgracia. Habia caído en la de ser mirado con malos ojos por las principales potencias de Europa, no tanto á causa de sus empresas contra el Emperador, la Francia, Inglaterra y Saboya, quanto por la sospecha de que un hombre de su carácter, lleno de ideas tan desmedidas, podia perjudicar aun mucho mas á sus intereses. Sin embargo, incapáz él de arredrarse ni de retroceder, siguió impávido sus designios, y marchó con Felipe V hasta las fronteras del reino cuando ya San-Sebastian y Fuenterrabía estaban ocupadas por los franceses. Este y otros semejantes contratiempos obligaron á Felipe á hacer proposiciones de paz; pero exigiendo la Inglaterra y la Francia ante todo la separación de Alberoni, y habiendo éste por otra parte disgustado con sus procedimientos imperiosos á la Reina Isabel y á su tío el duque de Parma, combatido por tantos y tan poderosos enemigos, se vió por fin abandonado por su propio Soberano, el cual en 5 de Diciembre de 1720 le mandó salir de su reino dentro el término de tres semanas. Seis dias despues de haber recibido el decreto de su espulsion, obtenidos los pasaportes del Rey y de los embajadores de Francia y de Inglaterra; partió Alberoni de Madrid encaminándose á Italia con el designio de establecerse en Génova.

10. La desgracia persiguió atrozmente al cardenal en

su emigracion: atravesada la Castilla, Aragon, Cataluña y los Pirineos, donde se vió asaltado de asesinos apostados de intento, y precisado á disfrazarse y á seguir su viage á pie, anduvo algun tiempo errante por el Lenguadoc y por la Provenza á la vuelta del Genovesado, y finalmente descansó en Sestri de levante. Cuando todos creian que se encaminaria á Roma como á un lugar de asilo, se le entregó una carta del cardenal Paolucci, secretario de estado, por la que se le prohibia hacerse consagrar obispo de Málaga, aunque habia recibido ya sus bulas, y se le ordenaba á mas permanecer fuera de los estados eclesiásticos. Irritado en gran manera Clemente XI contra Alberoni, porque se creyó engañado cuando este ministro, á pesar de la palabra que espresamente dió al Sumo Pontífice de no inquietar al Emperador durante la guerra de Turquía, escitó á la España contra el imperio, procedió formalmente contra el desgraciado cardenal, y dirigió un breve al dux de Génova encargándole que le apresase para trasladarle despues y eustodiarle en el castillo de Sant-Angelo. Envióse en efecto una partida de soldados para que le prendiesen en Sestri; pero los amigos que durante su fortuna habia procurado adquirirse el cardenal en Génova, le avisaron del peligro, é hicieron prevalecer en el consejo de gobierno la deliberacion de dejarle huir libremente, como en efecto sucedió, fingiendo los magistrados que le buscaban por todas partes sin poderle encontrar. Este acontecimiento irritó el ánimo del Sumo Pontífice contra los genoveses, los cuales enviaron á Roma uno de sus patricios para aplacar á su Santidad y justificar su conducta. Mientras

tanto vivió Alberoni errante en Génova, teniendo que ocultar su nombre para evitar ulteriores resentimientos y persecuciones.

Mas no por esto se olvidó su causa. Establecióse en Roma una congregacion de cardenales para formar un proceso riguroso contra el ex-ministro de España, acusándole principalmente de promovedor de la última guerra: delito por el cual se le debia despojar del cardenalato, si llegaba á quedar convencido. No desmayó sin embargo el ánimo de Alberoni: escribió á todas partes repetidas cartas (publicadas despues y dignas de ser leidas), suponiendo en ellas que no solamente no habia formado y ni aun aprobado el designio de aquella guerra, sino que le habia rebatido con todas sus fuerzas. De este modo procuró con sus escritos y con los de sus amigos y protectores defenderse y justificarse á los ojos de toda Europa, esperando en su oculto asilo que mudasen de aspecto los negocios, como así sucedió á la muerte de Clemente XI. Calmada entonces su persecucion, logró, segun hemos dicho, la libertad y un salvo conducto para ir al cónclave; y verificada la eleccion de Inocencio XIII, permaneció de incógnito en Roma, rehusando salir de aquella capital hasta ver el fin de su causa. Siguiendo entonces los cardenales la orden del nuevo Pontífice, terminaron el proceso condenando á Alberoni á cuatro años de reclusion en un convento. Mas en el consistorio celebrado en 20 de Diciembre de 1723 fue absuelto enteramente y recobró todos sus derechos y honores: por manera que, despues de haber sido un objeto de pasmo y admiracion á toda Europa, despues de haber gustado

cuanto tiene de mas dulce y lisongero la fortuna mientras se manifiesta próspera , y quanto hay de mas amargo y terrible en la suerte adversa ; al cabo , en fin , de tres años de humillaciones , de incertidumbres y de peligros , volvió Alberoni á adquirir su antigua fama y celebridad ; y le veremos en breve comparecer de nuevo en el teatro del mundo sin haberse debilitado su carácter activo y emprendedor .

11. El cardenal de Noailles , á quien vimos renunciar su voto y no hacer uso de la carta convocatoria y del salvo-conducto que le remitieron los cardenales de Roma para que asistiese á la eleccion del nuevo Papa , luego que supo haber sido promovido Inocencio XIII , le escribió una carta de congratulacion , en la que , guardando el mas profundo silencio sobre las controversias corrientes , le aseguraba que ni en el sacro colegio ni en todo el cuerpo de los obispos católicos se encontraria prelado ó cardenal alguno mas adherido que él á la Cátedra de San Pedro , ni mas ansioso de obedecer y complacer á su Santidad . En los últimos libros de Berault hemos visto las variaciones interminables de este famoso arzobispo de París : al principio fue protector celosísimo de las *Reflexiones morales* ; despues prometió someterse á la censura de aquella obra cuando el Papa la diese en debida forma , y aun estimuló al mismo Rey á que solicitase dicha censura . Elegido por Luis XIV presidente de una asamblea de prelados del reino para la solemne aceptacion de la bula *Unigenitus* , rechazóla poco despues públicamente : inconstante en su misma pertinacia y dominado al parecer de un espíritu de mala fe , á pesar

de todas sus promesas eludió y burlóse de los sinceros sentimientos del cardenal de la Tremouille , y desconcertó los planes del duque regente y los proyectos del abate Du-Bois , despues arzobispo de Cambray y cardenal . Ni el bien de la Iglesia , ni el amor de la paz de que se pretendia animado , ni las instancias de sus amigos , ni tampoco las que el mismo regente tuvo á bien hacerle , podian obligarle á ceder . Mas celoso en llenar sus empeños condenables que en reparar sus desvíos , parecia hacerse mas terco quanto mas se le buscaba , mostrando una inflexibilidad y obstinacion estrañas á su carácter . Finalmente se rindió , y el 16 de Noviembre de 1720 llevó al regente algunos eemplares de su mandato de aceptacion , que publicó pocos dias despues , y los remitió á sus curas y á todos los obispos . En estas circunstancias se encontraba el cardenal de Noailles cuando escribió su carta congratulatoria al nuevo Pontífice .

12. Contestóle Inocencio XIII sin pérdida de tiempo en los términos mas afectuosos ; pero deseando atraerle de todo punto á sus deberes , dirigióle á fines de Noviembre , despues de algunas conferencias con el cardenal de Roan , ministro entonces de Francia cerca de la santa Sede , un breve mucho mas afectuoso que su primera carta , en el que le decia entre otras cosas que su cólega el cardenal de Roan le instruiria en lo que debia practicar para complacer enteramente á la santa Sede . En efecto , por un decreto de la secretaria de estado ordenó el Papa en el mismo dia al prelado de Roan que hiciese saber al de París que ante todas cosas debia aceptar pura y simplemente la bula ; declarar nulass las dos últimas

apelaciones que habia interpuesto á las dos últimas constituciones apostólicas, y revocar absolutamente su instruccion pastoral.

13. Un nuevo escándalo acababa de manifestarse en el obispado: habiendo los opositores concebido algunas esperanzas de la mutacion del soberano Pontífice, creyeron poder egereitar impunemente sus hostilidades contra la santa Sede. Siete de ellos, á saber, Francisco de la Salle, obispo de Tournay; Juan Bautista de Verthamont, obispo de Pamiers; Juan Soanen, obispo de Senez; Carlos Joaquin Colbert de Croissy, obispo de Montpellier; Pedro de Langle, obispo de Boloña; Carlos de Caylus, obispo de Auxerre, y Miguel Cassaynet de Tilladet, obispo de Macon, escribieron á Inocencio XIII. Su carta, compuesta por Boursier, era digna de un tal escritor: Clemente XI y la constitucion eran tratados en ella del modo mas injurioso. „¿La iglesia romana, decia hablando de la bula, querria aprobar un decreto tan extraño? Roma pagana no lo hubiera podido sufrir.“ Tal era la moderacion de estos prelados. Llegaron á decir que la bula impugnaba las verdades y tradiciones apostólicas, los sentimientos de los santos padres, las máximas de la moral evangélica, las leyes de la Iglesia y cuanto hay de mas sagrado en la Religion: que Clemente XI debiera al menos haber convocado un concilio de cardenales antes de publicarla; informado al arzobispo de París de las acusaciones intentadas contra un libro que él habia aprobado; no haber proscrito al padre Quesnel sin oirle; no haberse referido á las traducciones alteradas ó falsificadas; haber primero tomado el consejo de la iglesia de

Francia, y explicado despues quanto habia de oscuro é inteligible en la bula.

No llegó á Roma esta insolente carta hasta mas de seis meses despues de su fecha, porque sus autores la habian dirigido primero á Viena esperando encontrar algun apoyo en esta córte. Tenian allí efectivamente inteligencias con algunos subalternos; pero su carta pareció tan violenta, que les fue rehusada la proteccion que solicitaban. Déjase fácilmente comprender que al verla Inocencio XIII ni aun fue tentado de responder á aquel tenebroso escrito; remitióle solamente á la congregacion del santo oficio, la que lo condenó como comprensivo de muchas proposiciones injuriosas á los obispos católicos, especialmente á los del reino de Francia, al Pontífice Clemente XI, de gloriosa memoria, al Papa reinante y á la santa Sede. Este decreto fue firmado solemnemente en presencia del mismo Papa, se fijó despues en el campo de Flora y se publicó en Roma el 29 de Marzo de 1722.

Luego que se estendió por Francia la noticia y se supo el contenido de la carta, escitó la misma indignacion que en Roma: los mas adictos á los refractarios se irritaron por el tono chocante que habian tomado los obispos hablando al sucesor de San Pedro; y aun se trató en el parlamento de censurar la carta. Tal fue el dictámen del primer presidente, del procurador general, del mismo abate Menguy, tan ardiente enemigo de la bula, quienes hallaban aquel escrito deshonoroso para el episcopado; pero la apelacion tenia sobrados protectores entre los magistrados.

14. No contento el Papa con haber condenado